

[EXHORTACIÓN A LA VIRGINIDAD.]

ADVERTENCIA EN LA EXHORTACIÓN A LA VIRGINIDAD.

Se sabe, por el viaje de San Ambrosio, que Dios, el óptimo y máximo, nunca permite que sus siervos sean perturbados, a menos que sea para su mayor gloria y para la utilidad de ellos y de la Iglesia. Este viaje dio ocasión a esta obra. El santo varón había oído que Eugenio, el tirano, se dirigía a Italia y, según Paulino (En la vida de Ambrosio), incluso a Milán. Por lo tanto, considerando que no debía esperar a un hombre que, bajo el pretexto de la religión cristiana, intentaba restaurar la idolatría, se dirigió a Bolonia. Mientras permanecía allí, celebró la solemne traslación de los cuerpos de los mártires Vital y Agrícola, que, según parece, le fueron revelados divinamente, como indica Paulino (Ibid.). Cuando los florentinos supieron esto, lo invitaron con gran fervor para que no se negara a visitarlos y dedicar una nueva iglesia. El santo obispo accedió a sus deseos, aunque había planeado dirigirse a otro lugar (Cap. 1, num. 1, y Paulin. en Vit. Ambr.). Y como había traído consigo algunas reliquias de los mártires de Bolonia, las depositó en esa iglesia, que él mismo consagró con gran pompa. En esa misma solemnidad pronunció el discurso del cual se compone este libro.

Esto lo declara él mismo al inicio de la obra (Cap. 1, num. 1). Después de describir brevemente el martirio de los mártires y la exhumación de sus reliquias (Num. 2 y sig.), añade que él mismo había recogido parte de ellas con sus propias manos, a saber, clavos, sangre triunfal y madera de la cruz (Cap. 2, num. 9). Pues niega (Ibid. n. 10) que fuera justo que Juliana, la viuda que había construido el templo sagrado, llamado Ambrosiano por Paulino (En la Vida de Ambrosio) porque lo inauguró el mismo Ambrosio, fuera rechazada por él. Y como esa piadosa madre y verdadera cristiana no estaba satisfecha con haber consagrado sus bienes a Cristo en la construcción de una noble basílica, decidió además consagrarse a sí misma y a toda su familia a Él. Ya en vida de su esposo, había ofrecido las primicias de su sacrificio. Pues, aunque él no cedía a su esposa en piedad, no mucho antes de su muerte, a pesar de soportar las pesadas cargas del matrimonio, a saber, un hijo y tres hijas, no se negó, con el consentimiento de su esposa, a ser ordenado en las órdenes sagradas por la utilidad de la Iglesia (Cap. 2, num. 12). Así que ya había comenzado su entrenamiento en la continencia; pero después de que su esposo cumpliera su destino mortal, quiso poner el colofón a su obra. Por lo tanto, para incitar a sus hijos a abrazar la profesión de continencia, los estimuló con un discurso que el santo Doctor, adornado con su propio estilo y elocuencia, propone a todos los que se habían reunido allí, en este sentido (Cap. 3 y sig.).

Al principio, dirigiéndose a su hijo, que aún no había salido de la infancia, afirma que se le dio el nombre de Lorenzo (Cap. 3, num. 14 y sig.) porque, cuando los padres ya habían perdido la esperanza de tener descendencia masculina, lo obtuvieron por la intercesión de tan gran mártir. De esto concluye que, dado que lo había ofrecido a Dios como Ana a Samuel, debía cumplir las promesas de su madre ante el poder divino. Luego, dirigiendo su discurso a sus hijas (Cap. 3, num. 17 y sig.), las insta a consagrar su castidad a Cristo, oponiendo las incomodidades del matrimonio a las utilidades del celibato. Finalmente (Cap. 4, num. 25 y sig.), hablando a veces al hijo, a veces a las hijas, y a veces a todos juntos, no deja nada por intentar para inducirlos a cumplir los votos que sus padres habían hecho en su nombre. Y el piadoso deseo de la madre no fue en vano. Lorenzo fue admitido en el número de lectores (Cap. 8, num. 54); y sus hermanas, profesando solemnemente la castidad (Cap. 14, num. 93), la conservaron en la casa materna.

Por lo tanto, movido por esto, Ambrosio quiso continuar el discurso de Juliana con su propia exhortación (Cap. 9 y sig.). Allí enseña a las mismas vírgenes cuál es su deber, a qué

ejercicios deben dedicarse y qué deben hacer para vivir, junto con su madre, según las reglas de su profesión. Luego, instruye a otras vírgenes cristianas (Cap. 10, num. 71, y sig.) a quienes transfiere su discurso desde esas tres víctimas de la integridad. Después de proponer varios ejemplos que deben imitar, no omite mencionar a la santa Soteris (Cap. 12, num. 81), su pariente, como vimos en otro lugar (Lib. III de Virginit., num. 39), describiendo de sus sufrimientos cómo soportó con ánimo dispuesto que su rostro fuera golpeado y ensangrentado por el puño del verdugo. Añade también algunos otros preceptos (Cap. 13, num. 83 y sig.), y al concluir, promete a esa viuda, que se había consagrado a Cristo junto con sus hijos y todas sus posesiones, una recompensa abundante (Cap. 14, num. 92). Finalmente, suplica a Dios (Ibid., num. 93) que siempre esté presente y propicio en la iglesia que consagraba, que acepte las oraciones de los fieles y el sacrificio del cuerpo del Señor, pero que sobre todo acepte la ofrenda íntegra de toda esta familia.

En ese tratado, que, como hemos visto, se pronunció en una asamblea pública, es probable que no contenga más que un único discurso. Pero aunque el santo Doctor fue prolijo en su discurso allí, apenas podía persuadirse a sí mismo de acortar su discurso en una celebración tan alegre. Y ciertamente no nos alejaremos de lo verosímil si creemos que tal como se pronunció en Florencia, así se conserva en los códices. Pues cuando él mismo componía libros a partir de sus sermones, casi siempre insertaba algo de donde se pudiera reconocer ese cambio. Por eso, se titula más apropiadamente en los manuscritos "Exhortación a la virginidad", y en las ediciones antiguas "Exhortación a las vírgenes", que en la edición romana "Tratado sobre la exhortación a la virginidad": sin embargo, cualquiera de estos títulos no se aparta absurdamente del argumento de la obra que hemos declarado hasta ahora, lo cual se prueba abundantemente. Sin embargo, puede parecer sorprendente que Ambrosio introduzca a la viuda hablando a sus hijas, y que él mismo adapte un discurso que podría haberse conjeturado que fue pronunciado por ella misma. Pero sin duda lo hizo de esta manera para que su exhortación tuviera mayor fuerza.

Además, habiéndola pronunciado cuando huía de Eugenio, y después de la revelación de las sagradas reliquias de los santos Vital y Agrícola; de aquí se concluye que ocurrió no antes de la rebelión del mencionado tirano, sino cuando nuestro Prelado aún no había regresado a su propia sede, a la que volvió el 1 de agosto del año 394. Baronius, de hecho (Ad ann. 392), atribuye esta obra al año 392, pero sin duda debe ser asignada al siguiente. Tampoco parece menos cierto que el discurso fue compuesto y pronunciado cuando se acercaba la Pascua; pues esto se indica claramente por lo que dice el santo varón: "Vino el día de Pascua", etc. (Cap. 7, num. 42).

EXHORTACIÓN A LA VIRGINIDAD DEL SANTO AMBROSIO, OBISPO DE MILÁN, LIBRO UNO. (C)

277 CAPÍTULO PRIMERO.

Ambrosio, al llegar a Bolonia, narra que trajo consigo reliquias de los mártires Agrícola y Vital. Aunque uno de ellos fue señor y el otro siervo, se establece una comparación; y dado que este último precedió al primero en el martirio, se deduce que la servidumbre no es un impedimento ante Cristo. Luego se describe la lucha de ambos, que el Santo ilustra con el presagio de sus nombres. Después de recordar el sepulcro que recibieron en las tumbas de los judíos, relata con cuánto gozo fueron descubiertos y extraídos.

1. Aquellos que son invitados a un gran banquete suelen llevar consigo regalos. Yo, invitado al banquete boloñés, donde se celebró la traslación del santo mártir, he reservado para ustedes

regalos llenos de santidad y gracia. Los regalos suelen contener los triunfos de los príncipes: y estos regalos son triunfales; pues las palmas de los mártires son los triunfos de nuestro príncipe Cristo. Y en verdad no dirigía mi camino aquí: pero como fui solicitado por ustedes, debía traer conmigo lo que se preparaba para otros, para no venir a ustedes con menos; de modo que lo que en mí es menos de lo que se esperaba, se encuentre más en el mártir.

2. El mártir se llama Agrícola, de quien Vital fue siervo antes, ahora consorte y colega en el martirio. El siervo precedió para preparar el lugar; el señor lo siguió, seguro de que encontraría preparado lo que la fe del siervo ya había dispuesto. No alabamos lo ajeno; pues la pasión del siervo es la disciplina del señor. Este enseñó, aquel cumplió. Nada se le quita a aquel. ¿Cómo puede disminuir lo que Cristo ha otorgado? Y aquel, sirviendo al hombre, aprendió cómo agradar a Cristo: sin embargo, este adquirió una doble alabanza, en aquel por su enseñanza, en sí mismo por su martirio. Compitieron entre sí en beneficios, después de que merecieron ser iguales. Este envió a aquel al martirio, aquel llamó a este.

3. Por lo tanto, ninguna condición humana trae impedimento para la recomendación: ni la dignidad del linaje aporta mérito, sino la fe. Ya sea siervo o libre, todos somos uno en Cristo: Y cada uno recibirá del Señor cualquier bien que haga (Efes., VI, 8). Ni la servidumbre desmerece, ni la libertad ayuda. Observa cuán poco importa la condición. ¿Fuiste llamado siendo siervo? No te preocupes... porque el que fue llamado en el Señor siendo siervo, es liberto del Señor. De igual manera, el que fue llamado siendo libre, es siervo de Cristo (I Cor. VII, 21, 22). Observa, digo, la fuerza del Apóstol. Se piensa que dio más al que fue llamado siendo siervo que al que fue llamado siendo libre; pues del siervo hace un liberto de Cristo, del libre un siervo. Pero no dio más a ninguno, sino que dividió con igual medida a ambos. Pues ante Cristo, la servidumbre y la libertad se pesan en igual balanza, y los méritos de la buena servidumbre y la libertad no se dividen por ninguna distinción; porque no hay mayor dignidad que servir a Cristo. Finalmente, Pablo, siervo de Jesucristo (Rom. I, 1); pues esta servidumbre es gloriosa, en la que se gloria también el Apóstol. ¿No es la máxima gloria cuando hemos sido valorados a tal precio que fuimos redimidos con la sangre del Señor? Pero ya avancemos a lo demás.

4. Y cuando el santo Vital fue obligado por los perseguidores a negar a Cristo, y él proclamó aún más al Señor Jesucristo, ejercitando en él todos los géneros de tormentos, de modo que no había lugar en su cuerpo sin herida, elevó una oración al Señor, diciendo: Señor Jesucristo, mi Salvador y mi Dios, ordena que mi espíritu sea recibido; porque ya deseo recibir la corona que tu santo ángel me ha mostrado. Y completada la oración, entregó su espíritu.

5. El santo Agrícola era considerado de carácter más suave, de modo que incluso sus enemigos lo amaban. Por eso diferían su pasión. Pero esa deferencia de los perseguidores era más amarga que cualquier crueldad, pues envidiaban el martirio. Finalmente, cuando el santo Agrícola no accedió, fue crucificado; para que entendamos que esas lisonjas no eran de diligencia, sino de engaño. Querían aterrorizar al señor con el suplicio del siervo. Cristo lo convirtió en gracia, para que el señor imitara el martirio del siervo.

6. El nombre de ambos es apto para el martirio; de modo que parecían designados para el martirio por sus propios nombres. Aquel se llamaba Vital, como quien, despreciando esta vida, adquiriría para sí la verdadera vida eterna: este, Agrícola, quien sembraba buenos frutos de gracia espiritual, y con la efusión de su sagrado sangre, regaba los plantíos de sus méritos y virtudes.

7. Fueron sepultados en suelo judío, entre sus sepulcros. Los judíos buscaron tener en común la sepultura con los siervos, cuyo Señor negaron. Así también en algún momento Balaam dijo: Muera mi alma en las almas de los justos (Num. XXIII, 10); sin embargo, no compartió las obras de aquellos en cuyas almas deseaba morir. Y a aquellos que persiguieron en vida, honraban muertos. Allí, por lo tanto, buscábamos las reliquias del mártir, como recogiendo una rosa entre espinas.

8. Estábamos rodeados por judíos cuando se extraían las sagradas reliquias: el pueblo de la Iglesia estaba presente con aplausos y alegría. Decían los judíos: Las flores han aparecido en la tierra (Cant. II, 12), al ver a los mártires. Decían los cristianos: El tiempo de la siega ha llegado (Ibid.). Ya el que siega recibe salario (Juan IV, 36). Otros sembraron, y nosotros cosechamos los frutos de los mártires. Al escuchar nuevamente los judíos las voces de la Iglesia aplaudiendo, decían entre sí: La voz de la tórtola se ha oído en nuestra tierra (Cant. II, 12). Por eso se leyó bien: El día al día emite palabra, y la noche a la noche declara sabiduría. El día al día (Sal. XVIII, 3), el cristiano al cristiano: la noche a la noche, el judío al judío. Indicaban, por lo tanto, los judíos que tenían conocimiento de los mártires, pero no conocimiento del Verbo; es decir, no según aquel conocimiento del único bien y del único verdadero: Ignorando la justicia de Dios, y queriendo justificarse a sí mismos, no recibieron la justicia de Dios (Rom. X, 3).

CAPÍTULO II.

Primero amplifica el valor de las reliquias, luego afirma que Juliana, la viuda a quien se le otorgaron, es digna; pues, además de ser honrada según el Apóstol, se la debe alabar porque lamentaba más las pérdidas de la Iglesia que las propias.

9. Les he traído, por lo tanto, regalos que recogí con mis propias manos, es decir, trofeos de la cruz, cuya gracia reconocen en las obras. Ciertamente, incluso los demonios lo confiesan. Que otros recojan oro y plata, y extraigan de las venas ocultas; que recojan preciosas guirnaldas de joyas; ese es un tesoro temporal, y a menudo perjudicial para quienes lo poseen: nosotros recogemos los clavos del mártir, y muchos, de hecho, de modo que había más heridas que miembros. Dirías que el mártir clamaba al pueblo judío cuando recogíamos sus clavos: Mete tus manos en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel (Juan XX, 27). Recogemos la sangre triunfal y la madera de la cruz.

10. No pudimos negar estas cosas a la santa viuda que las solicitó. Reciban, por lo tanto, los regalos de salvación, que ahora se guardan bajo los altares sagrados. Esa viuda es la santa Juliana, quien preparó y ofreció este templo al Señor, que hoy dedicamos: digna de tal ofrenda, quien ya en su descendencia ha consagrado templos al Señor de castidad e integridad. Mientras quería decir Juliana, dije Judía. No erró la lengua, sino que definió; pues Judía es el alma que confiesa a Cristo. Finalmente, conocido en Judá es Dios (Sal. LXXV, 2); es decir, donde era reconocido, no donde era negado. Por lo tanto, es Judía en espíritu, donde hay mayor porción, entendimiento más sincero; Porque la salvación viene de los judíos (Juan IV, 23). El error de la lengua, por lo tanto, encontró testimonio de santidad.

11. Honremos, por lo tanto, a esta viuda, porque está escrito: Honra a las viudas que son verdaderamente viudas (I Tim. V, 3). Aunque no ambiciona el honor de nuestras palabras, quien ha igualado el mandato del Apóstol, teniendo testimonio en buenas obras, quien ha educado bien a sus hijos, mejor los ha instruido.

12. ¿Quién no la lamentó como desamparada y miserable cuando perdió a su esposo? Pero ella lamentó más al ministro arrebatado de los altares sagrados que a sí misma como esposa, o al padre de sus hijos. Pues aunque estaba despojada del apoyo y consuelo del esposo; sin embargo, en una mente piadosa, la causa de la Iglesia pesaba más.

CAPÍTULO III.

Exhortación de Juliana a sus hijos. Al principio, advierte a su hijo que no se le llama Lorenzo sin razón, sino porque fue concebido por la intercesión del mártir homónimo, y prometido a él. Que cumpla, por lo tanto, los votos de sus padres. No hay nada que lo detenga; pues el servicio divino es superior a todas las demás cosas, y la vida de los hombres es miserable: sin embargo, hay una salida de sus males, siempre que elijan la castidad, a la que se opone aquí la servidumbre del matrimonio.

13. Ceñida, por lo tanto, con las entrañas de la mente, y viéndose rodeada por el número de tres hijas y un hijo, lo que suele aterrorizar a las demás, se hizo más fuerte con tal discurso a sus hijos: Hijos, han perdido a su padre, tienen a su madre. Hubiera sido mejor ese cambio si el padre viviera y la madre faltara. Sin embargo, aunque débil y desolada, les muestro, si quieren seguir, que no deben pensar que su padre les ha dejado; pues tienen un mejor padre en el cielo. Él es quien sostuvo a estos padres. ¿Qué otra cosa queda ya de esperanza? Su padre fue rico en gracia, no en dinero: opulento en ministerio, no en patrimonio: cuya herencia es la fe, rica en Dios, pero pobre en el mundo. Los dejó suficientemente ricos, si siguen su propósito. La fe sola es el patrimonio indiscreto de ambos sexos, el patrimonio de los hombres, la dote de las vírgenes.

14. Y tú, hijo, algo más cercano al padre, reconoce lo que debes a tu madre, lo que devuelves al hogar con tu nombre. La edad te excusa, pero la herencia te llama. Alégrense, hijo, padre y madre en ti (Prov. XXIII, 25). No desprecies a tu madre como imprudente. La advertencia del rey, dice, a quien su madre instruyó. ¿Qué hijo guarda las palabras de Dios? Primogénito, te digo, hijo: ¿Qué hijo de mi vientre? ¿Qué hijo de mis oraciones? No entregues tu honor a la mujer (Prov. XXXI, 1 y sig.). Escucha lo que dice el sabio, lo que afirma la Escritura.

15. Considera quién te ayudó a nacer: eres hijo más de mis votos que de mis dolores. Considera a qué don tu padre te designó con tal nombre, quien te llamó Lorenzo. Allí depositamos nuestros votos, de donde tomamos el nombre. El efecto siguió a los votos, devuelve al mártir lo que debes al mártir. Él te obtuvo para nosotros, tú devuelve lo que prometimos de ti con tal nombre.

16. ¿Qué otra cosa, hijo, crees que se debe elegir, sino al Dios de tus padres? Él es quien hace a los pobres y a los ricos, a los humildes y a los elevados, levanta al pobre del suelo y al necesitado del estiércol, y lo hace sentar con los poderosos en el tribunal del honor y la herencia. Da el deseo al que lo pide y bendice los años del justo. ¿Qué hay, hijo, más excelente que esto? ¿O qué es la vida del hombre en esta tierra, sino un corredor veloz? Hemos pasado y no hemos visto nada. ¡Ojalá imitáramos a este corredor (Job IX, 25); para no ver nada y no llevar cargas! Pero lo que es más grave, es un curso vacío y cargas vanas. Son vanas, pero no ligeras, ni vacías de delito; porque el peso del pecado es grave. De ahí que clame el santo Job: ¿No es una tentación la vida del hombre en la tierra, o como la vida de un jornalero diario? Y como el siervo que teme a su señor, que ha encontrado sombra, y como el jornalero que espera su salario; así yo esperé en vano, pero se me dieron noches de dolor. Si duermo, digo: ¿Cuándo será de día? Cuando me levanto, de nuevo: ¿Cuándo será de noche?

Estoy lleno de dolor desde la tarde hasta la mañana. Mi vida es más ligera que la ceniza. Pero ha perecido en vana esperanza (Job VII, 1 y ss.). Nada es, por tanto, el hombre, si tú, Señor, no te fijas en él, y haces tu visita hasta la mañana, y lo conduces al descanso. Si el árbol es cortado, brota de nuevo y florece al olor del agua: el hombre, cuando cae, no es nada, y los dolores se precipitan sobre él.

17. Esta tentación de tantas necesidades, si queréis, hijos, evitarla, debéis buscar la integridad del cuerpo (32, q. 1, c. Integritas); que yo aconsejo como consejo, no como mandato. Solo la virginidad puede ser aconsejada, no impuesta. Es más una cuestión de voto que de mandato. Lo que es de gracia, no se ordena, sino que se desea: es más una elección que una servidumbre. Por eso el Apóstol dice: De las vírgenes no tengo mandato del Señor, pero doy consejo, como quien ha alcanzado misericordia del Señor (I Cor. VII, 25). Había leído que el Señor dijo a los eunucos: Cualquiera que guarde mis mandamientos, y elija lo que yo quiero, y abrace mi pacto; les daré en mi casa y en mis muros un lugar nombrado, mejor que hijos e hijas: les daré un nombre eterno, que no perecerá (Isaías LVI, 4, 5). Mejor, dice, lugar os daré, dice a los eunucos; a aquellos, evidentemente, que se han castrado a sí mismos. Ellos son, por tanto, quienes tienen en el cielo recompensas superiores a las demás.

18. A estos en su Evangelio alaba el Hijo de Dios, pues cuando los Apóstoles dijeron: Porque si tal es la causa del hombre, que no le es lícito dejar a su esposa, sino por causa de fornicación, no conviene casarse; respondió el Señor: No todos entienden esta palabra, sino aquellos a quienes se les ha dado (Mat. XIX, 10, 11), es decir: No lo entiende la debilidad de la condición humana, para que sea accesible a todos: sino que solo es fácil de entender para aquellos a quienes la gracia divina ha iluminado; para que puedan castrarse a sí mismos, para alcanzar el reino de los cielos.

CAPÍTULO IV.

Propuesta brevemente la dignidad de la integridad, explica qué daños volverán a las hijas por los matrimonios; y para incitarlas a evitarlos, presenta la sentencia y el ejemplo del Apóstol. De aquí afirma que, recordando las miserias que ha soportado en el matrimonio y las que sufrirá en la viudez, todas ellas serán reparadas por su virginidad, y que ella misma no necesitará de ningún auxilio en adelante.

19. Habéis escuchado, hijos, cuán grande es la recompensa de la integridad. Se adquiere un reino, y el reino celestial ofrece la vida de los ángeles. Esto os aconsejo, que no hay nada más hermoso; para que entre los hombres seáis ángeles, que no están ligados por ningún vínculo nupcial (Mat. XXII, 30). Porque las que no se casan, y los que no toman esposas, son como ángeles en la tierra; para que no sientan la tribulación de la carne, ignoren la servidumbre, se eleven del contagio del pensamiento mundano, dirijan su mente a las cosas divinas; para que, como despojados de la debilidad del cuerpo, no piensen en lo que es del hombre, sino en lo que es de Dios.

20. Considerad, hijas, si queréis casaros, cuánto os falta, a quienes os falta un padre. Falta una dote rica; lo cual, sin embargo, si abundara, compraríais a gran precio la servidumbre. Ahora bien, ¿quién no despreciará a las desamparadas de padre? ¿A dónde acudiréis? ¿De dónde pediréis ayuda contra las injurias de los hombres? ¡Cuántos inconvenientes hay en los mismos matrimonios! ¡Cuántas veces graves afrentas! ¡Cuántas ataduras!

21. En primer lugar, el mismo matrimonio es un vínculo, por el cual la casada se ata al marido, y se somete a él. Es un buen vínculo de caridad, pero aún así es un vínculo, del cual,

cuando la casada quiere despojarse, no puede, ni tener libre albedrío sobre sí misma. Finalmente, el Apóstol dice: La mujer no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino el marido (I Cor. VII, 4). Y ¿qué maravilla sobre la mujer; cuando incluso el hombre no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino la mujer? Si el que es más fuerte no tiene potestad sobre sí mismo, ¡cuánto menos el más débil! Por tanto, la servidumbre común no libera a la mujer, sino que la ata más gravemente.

22. Ved, pues, lo que dice la Escritura, lo que aconseja el Apóstol. ¿Quién puede daros mejor consejo que aquel vaso de elección del Señor? ¿Qué dice, pues, escuchad con vuestros oídos: Quisiera que todos los hombres fueran como yo mismo (Cor. VII, 7). Y de nuevo dice sobre los no casados y las viudas: Bueno es para ellos si permanecen así, como yo (Ibid., 8). Quiero que seáis imitadoras de tan gran Apóstol, para que sigáis su vida, quien rehuyó el vínculo del matrimonio, para estar atado a Cristo Jesús. No podría haber alcanzado tan gran gracia de su apostolado, si hubiera estado ligado al compañerismo del matrimonio.

23. Pues si él, que era tan excelente en doctrina, y tenía tan gran don de Cristo, juzgó que era de tanta importancia abstenerse del uso de la unión conyugal: y por eso permaneció así, para que no se le restara mucho a su ministerio; que ni siempre le era lícito dedicarse a la oración, ni siempre atender a los mandamientos divinos, a quien la preocupación del matrimonio lo llamaba, para que fuera necesario agradar a su esposa: ¿qué debéis elegir vosotros, a quienes solo la virginidad puede dar libertad; ya que la que se casa se vende a la servidumbre con su propio dinero? Los esclavos se compran en mejor condición que los matrimonios: en aquellos se compra el mérito de la servidumbre, en estos se añade el precio a la servidumbre. La casada se ve gravada por el oro, se valora por el oro.

24. He experimentado, hijos, los trabajos de la unión, las indignidades del matrimonio, y bajo un buen esposo, sin embargo, no fui libre bajo un buen marido: servía al marido, y trabajaba para agradarle. El Señor se compadeció, y lo hizo ministro del altar, y enseguida fue arrebatado tanto para mí como para vosotros: y tal vez, por la misericordia del Señor, para que no se le llamara marido.

25. Veis, hijos, a una madre anciana en dolores, y aún inmadura en los pagos de la viudez. Veis perdido todo auxilio y ornamento. No tengo la ayuda del marido, ni la gracia de la virginidad. Y de mí, poca es la preocupación: por vosotros me aflijo, por vosotros me preocupo. Me quedaron las cargas del matrimonio, se fueron las ayudas. ¡Cuánto preferiría no haber llegado nunca a estos usos!

26. Sin embargo, podéis excusar al padre, aliviar a la madre; si lo que en nosotros se ha perdido, se representa en vosotros. Solo por esto no nos arrepentiremos del matrimonio, si nuestro trabajo os ha aprovechado. Consideraré que la madre es próxima a las vírgenes, como si mantuviera la virginidad. Considerad, hijos, qué madre eligió el Señor Jesús al venir a estas tierras. Para dar salud al mundo vino por una virgen, y resolvió la caída de la mujer con el parto de una virgen: que vuestra integridad también resuelva mis errores.

27. Considerad qué bien es la virginidad. Es cierto que estoy desamparada, que necesito auxilio: pero si queréis permanecer así, no requeriré la ayuda de nadie, me bastará la corona de vuestra integridad para todo auxilio. ¿Quién no me llamará bienaventurada, a quien ahora consideran miserable? ¿Quién no honrará a la madre de tantas vírgenes? ¿Quién no venerará el palacio de la pureza?

CAPÍTULO V.

A las vírgenes en ambos pactos se les atribuye la palma de la salvación pública, y se celebran varias alabanzas de las vírgenes místicas: también se designa la virginidad con la figura del huerto y la viña, no de otro modo que el matrimonio con el tipo de las hortalizas; de donde se advierte a los hijos, que rechazando a los espirituales Acab y Jezabel, abracen a aquel verdadero Nabot acusado y asesinado por nosotros. ¿Por qué vino dicho sobre una nube ligera, y por qué también encomendó a su madre a Juan? ¿Cómo finalmente este que como místico Leví no tenía nada, se dice que la recibió en lo suyo?

28. Muchas mujeres ha exaltado la Escritura divina a la luz, pero la palma de la salvación pública solo se la dio a las vírgenes. En el Antiguo Testamento, una virgen condujo al pueblo hebreo por el mar a pie (Éxodo XV, 20); en el Evangelio, una virgen engendró al autor del mundo y redentor (Lucas I, 27). La Iglesia es virgen (II Cor. XI, 2), que el Apóstol se esforzó en presentar como virgen casta a Cristo: la hija de Sion es virgen (Isaías XXXVII, 22); la ciudad de Jerusalén que está en el cielo es virgen (Apoc. XXI, 27), en la que no entra nada común ni impuro: también es virgen aquella a la que Jesús llama, y a la que dijo: Ven aquí desde el Líbano, Esposa, ven aquí desde el Líbano; pasarás y atravesarás desde el principio de la fe (Cant. IV, 8). No solo pasó la virgen, sino que también atravesó: quien se apresura al Esposo, pasa el siglo, atraviesa hacia Cristo; o porque la que se ha dedicado a Cristo, pasando a las cosas celestiales, pasa por las terrenales. Pues el mismo Esposo vino así a su Esposa, para saltar sobre los montes, pasar sobre las colinas (Cant. II, 8).

29. Añade aún a la alabanza de la virginidad: Huerto cerrado es mi hermana, Esposa, huerto cerrado, fuente sellada (Cant. IV, 12); para que la virginidad, cercada por el cerco del pudor, ofrezca mejores frutos, en la que permanezcan intactos los sellos de la castidad. Conservad este huerto de vuestras almas, esta fuente de agua pura, para que nadie lo perturbe en vosotros, nadie lo marque, que la génesis en vosotros ha sellado. Que nadie quite la viña de vuestra alma, y siembre hortalizas viles. Pues la viña es un cierto fruto virginal: los matrimonios son como plantaciones de hortalizas, en las que hay frecuente escarcha; y por eso, como las hortalizas de las hierbas, pronto caen y se marchitan, a menos que la vejez ponga fin, o la continencia las eleve a la perfección.

30. No venga, pues, a vosotros Acab, que desee destruir y extinguir vuestra viña: ni venga en vosotros Jezabel, aquel vano y secular flujo; pues esto significa el nombre, vana y vacía redundancia: sino venga Nabot, que viene del padre, como indica la interpretación del nombre, que defienda la viña con su sangre, y ofrezca su muerte por ella. Este es quien fue lapidado por nosotros, muerto por nosotros, acusado por falsos testimonios: quien vino pobre aquí, siendo rico, para que con su pobreza nos enriqueciera (III Reg. XII, 2 y ss.). Este es la vid, que con los frutos abundantes de su gracia llenó todo el orbe de la tierra. Que este permanezca en vuestros corazones profundamente arraigado; para que vuestro fruto abunde, y con el licor de la gracia espiritual se templen los incendios del vapor corporal.

31. Este es quien vino en una nube ligera, como dijo el profeta: He aquí el Señor se sienta sobre una nube ligera, y vendrá a Egipto (Isaías XIX, 1); significando que vendría a Egipto, es decir, a la aflicción de este mundo sobre una virgen. Llamó nube a María, porque llevaba carne; ligera, porque era virgen, no cargada con los pesos del matrimonio. Ella es la vara que germina la flor, porque la pureza y la virginidad dirigida al Señor con corazón libre, que no se refleja en los rodeos de las preocupaciones de este mundo (Núm. XVII, 8).

32. Por eso el Señor la encomendó desde la cruz a su discípulo más amado, al santo Juan (Juan XIX, 27), quien dijo al padre y a la madre: No te conozco (Deut. XXXIII, 9).

Finalmente, llamado por Cristo, dejó al padre (Mat. IV, 21), siguiendo la palabra. A este se le encomienda la virgen, que no conoce a los suyos: a este se le encomienda la virgen, que bebe sabiduría del pecho de Cristo: a este se le encomienda la virgen, que no conoció a sus hermanos, y no supo de sus hijos. Por eso la Ley lo bendice: Dad a Leví sus veros, dad a Leví sus suertes (Deut. XXXIII, 8).

33. Por eso él mismo recibió a la madre del Señor; pues tenemos escrito que desde aquella hora el Discípulo la recibió en lo suyo (Juan XIX, 27). ¿Qué significa en lo suyo, cuando dejó al padre y a la madre, y siguió a Cristo? ¿O cómo en lo suyo, cuando los mismos apóstoles dijeron: He aquí nosotros hemos dejado todo, y te hemos seguido (Mat. XIX, 27)? ¿Qué tenía Juan de suyo, que no tenía cosas mundanas y seculares, que no era del mundo? ¿Qué tenía, pues, de suyo, sino lo que había recibido de Cristo? Buen poseedor de la palabra y de la sabiduría, buen receptor de la gracia. Escuchad lo que los apóstoles recibieron de Cristo: Recibid, dijo, el Espíritu Santo: a quienes perdonéis los pecados, les serán perdonados; y a quienes los retengáis, les serán retenidos (Juan XX, 22, 23). Pues la madre del Señor Jesús no se trasladaría sino al poseedor de la gracia, donde Cristo tenía su morada.

CAPÍTULO VI.

Adapta a los hijos lo dicho anteriormente, enseña cómo ellos pueden ser nubes ligeras por la virginidad: y dar a Leví sus veros, si permanecen tales como los primeros padres antes del pecado. Compara a los hijos que estos engendraron después de ser expulsados del Paraíso: y con ocasión del primer hijo exhorta a los suyos a no buscar posesiones mundanas, que ambicionaron las hijas de Salfaad. ¿Qué se significa por esto, y qué suertes de Leví se nos manda dar? ¿Cuál es la diferencia entre la suerte del Señor y la de Moisés? De estas, una significa el matrimonio, la otra la virginidad, que sigue la libertad de los ministros de Cristo.

34. Dad, pues, también vosotros, hijos míos, a aquel verdadero Leví sus veros. Sed nubes, pero ligeras. Lo seréis, ciertamente, si la virginidad aligera las cargas de la condición, y las tinieblas de esta carne fangosa se iluminan. Por eso dice aquella: Soy negra, pero hermosa, hijas de Jerusalén (Cant. I, 4); negra por la carne, hermosa por la virginidad. Son nubes, y nubes pesadas, las que se han casado; pues creo que la palabra de los que se casan se deriva de las nubes. Finalmente, se cubren como nubes, cuando las que van a casarse reciben los velos. Y verdaderamente son nubes pesadas, que soportan la carga del matrimonio. Pues también se dice que se gravan con el vientre, cuando han recibido las semillas de la concepción.

35. Dad, pues, a Leví sus veros. ¿Qué hay más verdadero que la virginidad intacta, que guarda el sello del pudor y el cerco de la integridad con su nacimiento? Pero cuando la joven se desflora con el uso del matrimonio, pierde lo que es suyo, cuando se mezcla con lo ajeno. Pues lo verdadero es lo que nacemos, no en lo que nos transformamos: lo que recibimos del Creador, no lo que asumimos del compañerismo. Dad, pues, al verdadero Leví, a aquel príncipe de los sacerdotes, al verdadero Aarón, al verdadero Melquisedec, sus veros, tal como él los creó, no como el uso de este mundo los hace; para que reconozca en vosotros su obra y aquel sello natal inviolado e íntegro.

36. Dadle, presentadle aquel Adán que fue antes del pecado, aquella Eva que fue antes de que el veneno resbaladizo de la serpiente la absorbiera, antes de que fueran engañados por sus insidias, cuando no tenían de qué avergonzarse. Pues ahora, aunque los matrimonios sean buenos, sin embargo, tienen de qué avergonzarse entre sí mismos los cónyuges. Sed, pues, tales, hijos, como Adán y Eva fueron en el paraíso (Gén. IV, 2). De quienes está escrito que

después de que Adán fue expulsado del paraíso, conoció a Eva su esposa, y ella concibió, y dio a luz un hijo, al que llamó Caín: y de nuevo concibió y dio a luz un hijo, al que llamó Abel. Mejor, pues, el segundo fruto que el primero; porque este es immaculado, aquel manchado. Este adherido a Dios, y todo del Señor, aquel posesión mundana y terrena. Finalmente, en este se anuncia la redención del mundo, en aquel la ruina del mundo. En este el sacrificio de Cristo, en aquel el parricidio del diablo. Nada, pues, tengáis, hijos, con la posesión del siglo, ni penséis que debéis reclamar ninguna suerte de la posesión terrena y judía.

37. Leemos, ciertamente, que Moisés, es decir, la Ley, consideró que las tierras adquiridas por la guerra y la matanza debían ser distribuidas por suerte al pueblo hebreo (Núm. XXVI, 53), cuya posesión pidieron las hijas de Salfaad, porque eran hijas de Salfaad (Núm. XXVII, 1 y ss.). Sin embargo, el mismo Moisés no dividió la tierra a los levitas (Deut. XVIII, 1 y ss.), cuyo lugar de residencia no era terrenal, sino superior: sino que les asignó sin trabajo terrenal los estipendios del ministerio sagrado. Pero ¿qué son las hijas de Salfaad, que piden tierra, sino, como enseña la interpretación, la sombra de la boca? Que ciertamente está en aquellos, en quienes no hay palabra en su boca, ni verdad en su discurso (Sal. V, 10); como en el pueblo de los judíos, que no quieren confesar a Cristo Jesús, Hijo de Dios. Tales, pues, buscan la tierra, y tales piden la posesión, en la que sudan toda su vida, y por los frutos cosechan espinas de preocupaciones y ansiedades.

38. Huid, pues, hijas, de la sombra de la boca, vosotras que creéis en la luz eterna, que ilumina a todo hombre: que no confesáis a Cristo como en la sombra, sino en la luz. Al pueblo que estaba sentado en la sombra de la muerte, les ha amanecido la luz (Isaías IX, 2). Estuvimos, pues, en la sombra, pero ahora ya no estamos, quienes confesamos a Cristo. ¡Y ojalá me hubiera sido permitido también a mí decir, quienes profesamos a Cristo! Y sin embargo, profesemos, yo la viudez, vosotras la virginidad. Que en nosotros haya confesión con la boca para la salvación.

39. Dad, pues, a aquel Leví nuestra salvación sus suertes. Su suerte es levítica, su suerte es la virginidad, su suerte es la viudez; porque no solo la virgen, sino también la mujer no casada piensa en las cosas del Señor. Por eso el Apóstol dijo: "En quien también hemos sido hechos herederos" (Efesios I, 11). Así como en el Antiguo Testamento la tierra fue dividida por suerte (Josué XVIII, 10), así en el Evangelio somos asignados al Señor por una cierta suerte. Por eso está escrito sobre los evangelistas: "Repartieron entre sí mis vestiduras, y sobre mi ropa echaron suertes" (Juan XIX, 24). Y los apóstoles, cuando debía elegirse al duodécimo apóstol en lugar de Judas, consideraron que el apostolado debía conferirse por suerte. Así que, hecha la oración, para que el Señor eligiera de entre los dos a quien quisiera, la suerte cayó sobre Matías (Hechos I, 26).

40. Aquella antigua repartición terrenal, esta espiritual. En aquella, el censo del mundo material, en esta, el personal del oficio: allí la posesión de preocupaciones, aquí la división de gracias: allí poseemos campos llenos de trabajo y tristeza, aquí somos poseídos por Cristo. Por eso también el santo David dice: "Poseíste mis riñones" (Salmo CXXXVIII, 13). Aquí, hijos, posea vuestros riñones, para que en ellos permanezcan los semilleros de la castidad, los incentivos de las virtudes. Por eso dedíquense a Cristo, y confiesen a Él, para que digan: "Mi porción es el Señor" (Salmo CXVIII, 5). Esto no lo puede decir la casada, sino la no casada; porque la casada busca agradar a su marido, pero la no casada a Cristo. Aquella es posesión del mundo, esta de Cristo.

41. La posesión de Cristo es el levita, que no reclama para sí nada de lo terrenal. Quien busca esposa, no puede decir: "Mi porción es el Señor". De hecho, ¿qué dice el ministro de Cristo? "No tengo plata ni oro; pero lo que tengo, te doy: en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda" (Hechos III, 6); porque esto había recibido, ya que no deseaba el oro. De hecho, fue enviado sin bastón, sin bolsa, sin dinero (Lucas IX, 3). Y por eso se gloriaba, porque no tenía lo que no había recibido; no se avergonzaba en la pobreza, a quien el pobre había redimido. Por eso dijo: "Levántate y anda", porque había leído: "Este pobre clamó, y el Señor lo escuchó" (Salmo XXXIII, 7).

CAPÍTULO VII.

La esterilidad de las vírgenes es preferible a la fecundidad de otras, ya que imita los abundantes partos de la Iglesia, que se producen por suerte, es decir, por gracia y no por obras. Por tanto, deben darse las suertes a Cristo, quien paga la recompensa más allá del trabajo: también debe darse la verdad, es decir, la virginidad. ¡Cuántas y cuán grandes tentaciones la atacan! Pero cuando hemos aprendido del Apóstol que la castidad es buena, la santa Viuda indica que se debe recurrir al remedio: lo cual significa que está puesto en la mortificación de la carne y en el mérito de la pasión del Señor, que nos conduce a la victoria, según la elegante alegoría de aquella antigua María. Después se debe buscar la sabiduría en las cosas celestiales, y atraerla al interior, para que vivamos.

42. Sea, pues, vuestra porción el Señor, el Señor que hace estéril y fecunda. Hace a ambas: pero una da a luz con tristeza, la otra se alegra en la esterilidad, a quien se le dice: "Alégrate, estéril, que no das a luz: rompe y clama, que no tienes dolores de parto" (Isaías IV, 15). Porque tiene hijos sin dolor de parto. Por eso se dice de la Iglesia: "¿Quién ha oído, si la tierra ha dado a luz en un solo día, y una nación ha nacido de una vez?" (Isaías LXVI, 8). Pero en un solo día la tierra no da a luz, sino que da a luz la gracia. Llega el día de Pascua, en todo el mundo se celebran los sacramentos del bautismo, se velan las sagradas vírgenes. Así, en un solo día, sin ningún dolor, la Iglesia suele dar a luz muchos hijos e hijas. Por eso se dice bellamente: "Y una nación ha nacido de una vez", del pueblo consagrado.

43. Veis los misterios, veis la gracia de Cristo, la gracia del Espíritu Santo, que se otorga como por una cierta suerte; porque no por obras, sino por fe, cada uno es justificado por el Señor. Así como el resultado de la suerte no está en nuestro poder, sino en lo que el azar ha traído; así la gracia del Señor no se otorga como por mérito de recompensa, sino como por voluntad. Por eso también el Apóstol habla de las divisiones de las gracias, que se otorgan de diversas maneras a los siervos de Dios: "Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno como quiere. Como quiere, dice, no como se debe" (I Corintios XII, 11). De hecho, también el Señor dijo a los que pedían una recompensa más abundante por el trabajo y se quejaban de que habían recibido lo mismo que aquellos que llegaron después: "Si yo soy bueno, ¿por qué es malo tu ojo?" (Mateo XX, 15).

44. Dad, pues, hijos, vuestras suertes a aquel que suele dar a sus siervos una recompensa más allá del mérito del trabajo. Dad la verdad a su hombre santo (Deuteronomio XXXIII, 8), es decir, la integridad; porque la integridad es de aquel que vino inmaculado. Por tanto, la verdad es la virginidad: la corrupción es mentira. Estad, pues, en vuestro corazón, como una buena viña en su brote.

45. Hay muchas tentaciones; por eso dice la Escritura: "Lo tentaron con tentación, y lo maldijeron sobre el agua de la contradicción de Cades" (Deuteronomio XXXII, 51). La virginidad es tentada por muchos pretendientes; y cuando la virgen quiere perseverar, surgen

quienes se oponen. Se opone el pretendiente, y al ser rechazado, maldice. Parece que la no casada, ya sea virgen o viuda, está en oprobio. Cades es la no casada, que es santa en cuerpo y espíritu, y se ha dedicado al Señor, que ha dejado a sus padres, y no hace la voluntad de aquellos que suelen decir: "Nos debes, hija, nietos". Cades es la que no conoce hijos. Pero si ella prefiere el oprobio de Cristo a las riquezas del mundo, que es necesario que sufra quien busca agradar a Cristo; ¡cuánto más vosotros, a quienes el padre provoca a la integridad, la madre exhorta a seguir lo que conviene!

46. Por tanto, la virginidad es buena. De hecho, "El que ha juzgado en su corazón guardar a su virgen, hace bien. Así que el que casa a su virgen, hace bien; y el que no la casa, hace mejor" (I Corintios VII, 37, 38). Aquel hace bien por el lazo, este hace mejor por la utilidad. Aquello es por remedio, esto es por premio. Pero más bienaventurado es el que así permanece, según mi consejo. Porque creo que también yo tengo el Espíritu de Dios (Ibid., 40). Seguid, pues, hijos, el consejo del Apóstol, el don del Espíritu Santo.

47. Tomad, pues, también vosotros, como tomó María, hermana de Moisés y Aarón, el tamboril en vuestras manos, salid diciendo: "Cantemos al Señor; porque se ha glorificado gloriosamente, el caballo y su jinete ha arrojado al mar" (Éxodo XV, 20). Mortificad vuestros miembros como un tamboril: que en ellos no arda la lascivia de la carne, y que todo sentido de ardor corporal muera. Que en ellos no resuene sino el espíritu solo entre los placeres muertos del cuerpo. Porque si habéis muerto al pecado, viviréis para Dios: viviréis, sin embargo, si no reina en vuestro cuerpo muerto ninguna concupiscencia.

48. Girad con vuestras manos la cruz del Señor Jesús, y elevándola en vuestras obras, pisotead la profundidad de este mundo, y atravesadla. Que aquel como caballo relinchando en lujuria no encuentre lugar en vosotros; y cualquiera que quiera perseguir y atraparnos, se hunda. Que a vuestra derecha e izquierda haya un muro de agua, para que se temple todo vapor del cuerpo; hasta que la divina dignación os conduzca a aquellas doce fuentes inteligibles, y setenta palmeras, a aquel descanso del gran sábado, y se digne plantaros en el monte de su heredad, donde la santa María conduce los coros.

49. Vestíos, pues, hijos, del Señor Jesús; buscad la verdadera sabiduría, de la cual dice Job: "¿Pero dónde se hallará la sabiduría, y cuál es el lugar de la inteligencia? ... El abismo dice: No está en mí. El mar dice: No está conmigo" (Job XXVIII, 12 y ss.). Bien dice el abismo: "No está en mí", porque ha resucitado; no tiene a quien no pudo retener. De hecho, tienes en el Evangelio que los ángeles dijeron a las mujeres que venían al sepulcro: "Buscáis a Jesús, el que fue crucificado: no está aquí, porque ha resucitado" (Mateo XXVIII, 5, 6). ¿Qué significa "no está aquí"? es decir, no está en el sepulcro, no está en los infiernos, sino que está en los cielos. También el mar, es decir, el siglo, dice, este mundo dice: "No está conmigo"; porque está por encima del mundo, a quien el desliz y la tentación de la vida humana no han cambiado; porque "no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca" (I Pedro II, 22). Por tanto, el abismo dijo: "No está en mí"; el mar dijo: "No está conmigo". Pero el cielo no dijo que no está con él, a quien había recibido resucitado. El paraíso no dijo: "No está en mí", a quien conoció reinando en él, incluso con el ladrón absuelto; como el mismo Señor dijo: "Hoy estarás conmigo en el paraíso" (Lucas XXIII, 43).

50. Atraed, hijos, la sabiduría a los almacenes interiores de vuestro corazón, porque es más preciosa que todo oro y plata, que la muerte no conoce; porque no los muertos te alabarán, Señor, sino los vivientes. Y vosotros, para que viváis, alabad al Señor, y alabadlo día y noche (Salmo CXIII, 17, 18). Pero lo alabaréis si ninguna codicia de matrimonio, y cuidado del

mundo, os aparta de él; porque las que se casan, se preocupan por los negocios de este mundo.

CAPÍTULO VIII.

Para instar más fervientemente a su prole, que ya había sido prometida a Dios por los padres, la madre refiere la obediencia de la hija de Jefté en el cumplimiento del voto paterno: luego, volviéndose al hijo, le recuerda cómo fue obtenido de Dios por medio de oraciones, a quien, por tanto, no se le puede negar sin crimen. Dicho esto, viendo la santa mujer la disposición alegre de su piadosa descendencia, se derrama en acciones de gracias: de cuya entrada en la Iglesia, donde encontró a su hijo desempeñando el oficio de lector, narra Ambrosio.

51. Considerad, hijos, lo que debéis a los votos de los padres. Hemos abierto nuestra boca a Dios: el voto es la voluntad de los padres. Nosotros hemos prometido, vosotros cumplid. Cuán grande es la fuerza de los votos de los padres, la hija de Jefté el galaadita os debe enseñar, quien para no frustrar la ofrenda paterna, incluso ofreció su propia muerte. Pues cuando él, preocupado por el peligro de la guerra, había prometido que si el resultado de la batalla era favorable, lo que primero le saliera al encuentro al regresar a su casa, lo ofrecería a Dios; cuando obtuvo la victoria, salió a su encuentro su hija, alegre entre todas por el gozo de la victoria y el deber de piedad. El padre gimió, no recordando el afecto, sino recordando el voto. La hija preguntó la causa: él respondió lo que había prometido al Señor. Entonces ella lo animó a cumplir la ofrenda prometida a Dios. Así que pagó con su sangre la ofrenda imprudente de su padre (Jueces XI, 31 y ss.).

52. Esto es común para vosotros. Pero tú, hijo, a quien el verdadero Elcana (I Samuel I, 1 y ss.), es decir, la posesión de Dios, me ha dado, mi pedido, mi solicitado (de ahí también Samuel recibió su nombre); tú, digo, mi obtenido, y mi votivo, que no sé cómo viniste a mi vientre (pues ya había perdido la esperanza de tener descendencia masculina), a quien mis votos, no algún secreto de una reunión solemne, formaron: tú, digo, hijo, reconoce de quién fuiste donado a mí. Él formó tu rostro, él distinguió tus miembros, él recibió mis oraciones, a cuyo templo, a cuyo servicio te consagré antes de que nacieras. No naciste para tus padres, ni para ti, sino para Dios; de quien comenzaste a ser antes de salir del vientre de tu madre. Y todos somos de él, pero tú, sin embargo, especialmente prometido, serás devuelto a tu Señor; porque está escrito: "Haced votos y pagad al Señor vuestro Dios" (Salmo LXXV, 12). Yo, miserable, yo, indigna, y sin embargo como Ana prometí que todos los días y noches de tu vida no te apartarías de la presencia del Señor: yo prometí, tú ejecuta: el Señor cumplirá el don de su ofrenda.

53. Esto y otras cosas dijo la piadosa madre: quien, después de ver la disposición adecuada de sus hijos, llevando a su destetado a los pechos de la gracia espiritual al templo del Señor, se volvió a las oraciones, y dijo: "Mi corazón se regocija en el Señor: mi cuerno es exaltado en mi Dios. Mi boca se ha ensanchado sobre mis enemigos, que se regocije en tu salvación; porque no hay santo como el Señor; y no hay justo como nuestro Dios, y no hay santo fuera de ti" (I Samuel II, 1, 2).

54. Esto, pues, dijo la madre a sus hijos, quien al mismo tiempo llevó a su casa los títulos de viudez e integridad en sus hijos, como ciertos principados femeninos. Una mujer ciertamente notable, que no se dejó nada: todo lo que tenía, lo ofreció a Dios; cuya vida es una institución de disciplina, y una cierta forma de castidad con buen propósito, y mejor enseñanza. Porque el ejemplo de la viudez es una enseñanza de la virginidad.

55. Entra en la Iglesia rodeada del séquito de sus hijas vírgenes, llevando el decoro doméstico: y encuentra en la Iglesia lo que puede llamar suyo, a su hijo proclamando los oráculos de las sagradas lecturas; para que sus hermanas parezcan aprender en casa, cuando se escucha al hermano. También la madre, a imitación del ejemplo celestial, se alegra de progresar por medio de su hijo, y encomienda todas las palabras del lector a su piadoso afecto, y las conserva con diligente corazón.

CAPÍTULO IX.

Para añadir a la exhortación materna, el santo Prelado también anima a aquellas vírgenes a buscar a Cristo en las Escrituras divinas. Pero asegurando que cuando se busca, ya está presente, enseña que se debe preguntar dónde mora en el meridiano, es decir, en la luz del Padre: también se debe buscar en la luz de las buenas obras, y en las oraciones nocturnas: donde él haya pasado, se debe seguir; ya que se deleita en ser buscado con frecuencia, para suscitar la gracia y herir el alma con amor: de qué tipo son estas heridas, lo prueba con varios ejemplos de santos.

56. Pero aunque nada haya faltado en las exhortaciones maternas, yo también, hijos, os hablaré brevemente. Buscad al Señor Jesús, quien nos exhorta a buscar el reino de Dios: "Y he aquí, todas las cosas os serán añadidas" (Mateo VI, 33). Pero prefiero que ofrezcáis antes del mérito, y así exijáis la recompensa. Buena recompensa, pero más divino el dispensador de la recompensa, y autor del don. En el reino está la recompensa, en Cristo el poder de remunerar. Buscadlo en las Escrituras divinas, donde se encuentra a Cristo, y decid como ella decía: "Anúnciame a quien ama mi alma" (Cantar de los Cantares I, 6). Pero también la Sinagoga buscaba a quien había perdido, vosotros buscad a quien no perdáis. Pero ¿por qué, Sinagoga, dices a quien amé, y no dices a quien amo? Por eso no lo tienes, porque dices que amaste: ¿por qué no más bien aún amas, para que puedas tener?

57. Pero dejemos a aquella. Tú, virgen, cuando comiences a buscar, está presente; porque no puede faltar a quienes lo buscan, quien se manifestó a quienes no lo buscaban, y fue hallado por quienes no preguntaban (Isaías LXV, 1). Mientras tratas y piensas, está presente. Aprende a preguntar cuando venga, dónde apacienta, dónde mora; como ella decía: "¿Dónde apacientas, dónde moras en el meridiano?" (Cantar de los Cantares I, 6). Porque ¿dónde mora Cristo, sino donde brilla el mediodía de la justicia? Y esto se enseña por el testimonio de las Escrituras sagradas, que dice: "En el sol puso su tabernáculo" (Salmo XVIII, 6). Por eso también en otro lugar dice el mismo Profeta: "En tu luz veremos la luz" (Salmo XXXV, 10). La luz es el Hijo, la luz es el Padre que se ve en el Hijo; porque el Hijo es "el resplandor de la gloria del Padre, y la imagen de su sustancia" (Hebreos I, 3).

58. Pero también en tu luz, virgen, busca a Cristo, en buenos pensamientos, en buenas obras, que brillen ante tu Padre que está en los cielos. Búscalo en las noches, búscalo en tu habitación; porque también de noche viene, y llama a tu puerta. Quiere que estés vigilante en todo momento, quiere encontrar la puerta de tu mente abierta. También hay esa puerta que quiere que esté abierta, para que se abra y resuene tu boca en alabanza del Señor, en gracia del Esposo, en confesión de la cruz: cuando recitas el símbolo, cantas salmos en tu habitación. Por tanto, cuando venga, te encuentre vigilante, para que estés preparada. Que duerma tu carne, que vigile tu fe: que duerman las tentaciones del cuerpo, que vigile la prudencia del corazón: que tus miembros exhalen la cruz de Cristo, y el olor de la sepultura; para que ningún sueño de calor infunda en ellos, no despierte ningún movimiento. Esa es el alma que se abre a Cristo, a la que no agitan vapores de la carne.

59. Cuando el Esposo encuentre esto, pasará: que tu alma lo siga, que se aleje de su lecho, que salga en su palabra, como está escrito: "Salió mi alma en tu palabra" (Cantar de los Cantares V, 6), es decir, que peregrine del cuerpo, para que esté presente a Dios; porque cuando está en el cuerpo, peregrina de Cristo. Por eso también el Apóstol dice: "Por tanto, tenemos confianza, y preferimos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor. Y por eso nos esforzamos, ya sea ausentes, ya sea presentes, en agradarle. Porque todos debemos comparecer ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho en el cuerpo, sea bueno o malo" (I Corintios V, 8 y ss.). ¡Qué rápidamente probó la causa por la cual resucitará el cuerpo! Porque es necesario que la carne resucite, que obtendrá la recompensa de sus obras; para que lo que hemos hecho en el cuerpo, lo recibamos en el cuerpo.

60. El Señor desea ser buscado con frecuencia: se aleja, corre, para resucitar la gracia que también quiere que resucites en ti, como está escrito a Timoteo: Por lo cual te aconsejo que reavives la gracia de Dios que está en ti por la imposición de mis manos (II Tim. I, 6). Y quien haya reavivado la gracia, se convierte en herido de caridad, como ella dijo: Porque estoy herida de caridad: si despertáis y aviváis la caridad (Cant. V, 8). Podemos entender qué significa esto si recordamos que el Señor Jesús es una flecha, a quien el Padre dice: Te he puesto como una flecha escogida (Isaías XLIX, 2). Y como Él mismo es caridad, son ciertamente dardos de caridad con los que hiere a quienes lo buscan. Finalmente, incluso los que están atados con cadenas lo siguen; porque a quienes hiere, los ata. Por lo tanto, también hay cadenas de caridad, con las que Pablo estaba atado, quien dice: Pablo, prisionero de Jesucristo (Filemón 1).

61. Job enseña que las heridas de caridad son, ya que nadie amó más a Cristo, quien lo amaba incluso en los tormentos de su propio cuerpo. Por eso decía: Las flechas del Señor están en mi cuerpo, cuyo furor ha bebido mi sangre; cuando empiezo a hablar, me hieren (Job VI, 4). Por lo tanto, son heridas de caridad, y buenas heridas: finalmente, mejores son las heridas del amigo que los besos voluntarios del enemigo (Prov. XXVII, 6). Jeremías también ardía, y no podía soportar el fuego de caridad con el que se inflamaba para el oficio de profetizar (Jerem. XX, 9). Finalmente, fue sumergido en un pozo (Jerem. XXXVIII, 6); porque anunciaba a los judíos las futuras destrucciones, y no podía callar. Esteban fue apedreado (Hechos VII, 58), y aquellas heridas por Cristo las recibía como heridas de caridad con afecto piadoso. Los apóstoles eran azotados y se regocijaban (Hechos V, 40). ¡Qué bueno es el Señor, por quien las injurias son dulces, la muerte es grata! Y bien grata, que adquiere inmortalidad.

CAPÍTULO X.

La virginidad se adapta al lugar eclesiástico de las vestiduras, y lo que añade sobre llevar aceite en la cabeza, esto se entiende tanto de la humildad de la mente como de la modesta composición del cuerpo; ya que se requieren principalmente en nosotros adornos interiores, y las riquezas de los pobres son la simplicidad de la inocencia. Cómo la Sinagoga dice a la Iglesia: ¿Dónde pastoreas, etc.? y esta recibe las palabras de Cristo: Si no te conoces a ti misma, etc. De aquí se significa que la imagen divina reside en nuestra alma, y por lo tanto se debe tener el mayor cuidado de ella. Por lo cual aconseja al joven que se deleite en la inocencia del corazón: y a las vírgenes, que eviten los ojos de los hombres siguiendo el ejemplo de María, y que eviten toda ocasión de fábulas.

62. En todo tiempo, dice, sean tus vestiduras blancas (Ecles. IX, 8). ¿Qué más blanco que la virginidad? ¿Qué más blanco que la vestidura intacta del pudor? Buena es ciertamente la

castidad conyugal y la castidad de la viudez: toda castidad es pura, pero tal vez no toda es blanca, o no blanca en todo tiempo (I Cor. VII, 4, 5). No es blanca cuando uno no tiene potestad sobre su propio cuerpo, cuando la oración se separa por un tiempo. Por lo tanto, de la virginidad se dice bellamente: En todo tiempo sean tus vestiduras blancas, y aceite en tu cabeza (Ecles. IX, 8); para que tus antorchas siempre puedan brillar, y no se apaguen cuando comience a venir aquel Esposo celestial (Mat. XXV, 6 y ss.).

63. Y de qué manera dijo el Eclesiastés en tu cabeza, lo recogeremos de los Proverbios; porque los ojos del hombre están en su cabeza (Ecles. II, 14), es decir, el sentido de tu sabiduría. Por eso tal vez se alaba a aquella mujer evangélica, que secó los pies del Señor con sus cabellos (Luc. VII, 38 y ss.), porque se humilló con fe; para que no pareciera elevada por la sabiduría de la carne, que el verdadero intérprete de los secretos, Pablo, negó que estuviera sujeta a la Ley (Rom. VIII, 7), ya que estaba sujeta a Cristo.

64. Y podemos entender esto bellamente también corporalmente, ya que si en las escrituras proféticas se reprenden a las hijas de Sion, porque procedían con cuello erguido, con guiños de ojos, y arrastrando las túnicas con el andar de sus pies, y jugando con los pies (Isaías III, 16 y ss.); y por eso el Señor dice que quitará la gloria de sus vestiduras, y sus adornos, sus cabellos y rizos: correctamente esta mujer esparció sus cabellos (Luc. VII, 38); para que la disciplina evangélica desatara los nudos de sus cabellos. Por eso también los apóstoles dijeron: No con el adorno de cabellos trenzados, como enseñó Pedro (I Pedro III, 3), ni con cabellos trenzados, ni con oro y perlas, o vestidura costosa, como afirmó Pablo (I Tim. II, 9): sino que más bien se deben buscar los adornos del hombre interior en las mujeres; porque ese hombre oculto del corazón, que es pobre para el mundo, es rico para Dios.

65. Escuchad, hijos, que os creéis pobres. ¿Quién es el hombre rico, cuando necesita muchas cosas, sino aquel que no tiene un grave pecado en su conciencia? Porque buena es, dice, la sustancia, a la que no hay pecado en la conciencia (Ecles. XIII, 30). Escuchad, digo, en qué podéis ser ricos ante Dios; para que haya en vosotros, dice, un espíritu incorruptible y modesto (I Pedro III, 4). Porque buenas son las riquezas de la inocencia y la simplicidad, a las que no se les imputa pecado, porque no hay en ellas astucia ni engaño; porque todo simple no sabe murmurar, no sabe envidiar: está contento con lo suyo, no busca lo ajeno; y aunque necesite, se considera rico, si tiene lo suficiente para el alimento. Finalmente, bellamente el apóstol Pablo: Y la profunda, dice, pobreza de ellos abundó en las riquezas de su simplicidad (II Cor. VIII, 2).

66. Y porque la Iglesia estaba adornada con ornamentos apropiados, y resplandecía recibiendo luz de Cristo; también puede entenderse así aquel lugar, en el que la Sinagoga dice a la Iglesia: ¿Dónde pastoreas, dónde reposas al mediodía? No sea que me convierta en una que vaga sobre los rebaños de tus compañeros (Cant. I, 6). Desea ser mercenaria, quien antes se atribuía el dominio. ¡Qué dañina es la perfidia!

67. Pero porque es incrédula, cruel, sacrílega; por eso Cristo la separa de los rebaños de su Iglesia diciendo: Si no te conoces a ti misma, oh hermosa entre las mujeres (Cant. I, 7), es decir, primero reconoce quién eres tú misma, y luego pide acercarte a mis rebaños. Y bien se dice hermosa entre las mujeres la Sinagoga, no entre las vírgenes; porque seguía a Eva, la mujer por la cual vino la caída: pero la Iglesia es hermosa entre las vírgenes, porque es una virgen sin mancha.

68. Por lo tanto, debe conocerse a sí mismo tanto el hombre como la mujer, porque es a imagen y semejanza de Dios; para que siga la belleza del alma, no del cuerpo. ¿En qué

somos? En la sustancia del alma y el vigor de la mente. Esta es toda nuestra porción. Finalmente, David dice: En Dios confiaré, no temeré lo que me haga la carne (Sal. LV, 5). No somos, por lo tanto, carne, sino espíritu. De los judíos se dijo: No permanecerá en ellos mi espíritu, porque son carne (Gén. VI, 3). No somos oro, no somos dinero, no somos abundancia de riquezas; eso es nuestro. Y por eso Moisés te dice: Cuida de ti (Deut. XV, 9), es decir, de tu alma; para que no perezcas, para que no te conviertas en carnal. Cuida de ti, es decir, de la imagen que recibiste de Cristo, de la semejanza a la que fuiste hecho. Guarda esa imagen, que Cristo pintó en ti con sus obras, como Él mismo dice a Jerusalén, es decir, al alma pacífica: He aquí, Jerusalén, he pintado tus muros (Isaías XLIX, 16).

69. Cuida de ti, especialmente tú, hijo, cuida de ti, para que te regocijes en tu juventud; a quien la Escritura dice: Alégrate, joven, en tu juventud (Ecles. XI, 9). No te dice un solo tiempo de edad. Es como una flor de vida, una edad de buenas obras, de la cual está escrito: Se renovará como el águila tu juventud (Sal. CII, 5). Y deleite, dice, tu corazón en los días de tu juventud, y camina en los caminos de tu corazón sin mancha, y en la vista de tus ojos, y no en la audacia de tus ojos (Ecles. XI, 9); en la vista espiritual, no en la audacia secular. Y sabe que sobre todas estas cosas te llevará Dios a juicio. Y aparta la ira de tu corazón, y quita la maldad de tu carne (Ecles. XII, 14).

70. Cuida de ti, virgen, y tú, para que te dediques a la oración, y tu rostro palidezca con la súplica continua. Pero antes de la oración prepara tu alma (Ecles. XVIII, 23), para que no perezcas tentar a Dios cuando suplicas; para que lo que oras, tus costumbres lo hablen, la fe lo ayude, las obras lo recomienden. Cuida de ti: lo que te digo a ti, a cualquier virgen. Pues a ti, piadosa, no te falta una maestra de instrucción.

71. Cuida de ti, digo, virgen especialmente de profesión sagrada, y evita toda irreverencia con los ojos. Y si por un tiempo pasa como un viajero, sin embargo abre su boca, y beberá de toda agua cercana, para embriagarte (Ecles. XXVI, 14 y ss.). Ningún paso tuyo sea sin una madre, que sea ansiosa guardiana del pudor. También el progreso hacia la Iglesia sea más raro para las jóvenes. Considera cuán grande fue María, y sin embargo nunca se encuentra en otro lugar, sino en su habitación, cuando se la busca (Luc. I, 28). Ella te enseñe qué seguir. Vio al ángel en forma de hombre, y temía en su corazón, se alejaba en su vista. Por eso el ángel le dice: No temas, María. La soledad enseña modestia: y el gimnasio del pudor es el secreto.

72. ¿Qué necesidad tienes de acercarte fácilmente incluso a la más cercana? Porque el pie del necio entra fácilmente en la casa del vecino: pero el sabio se avergüenza (Ecles. XXI, 25). De ahí nacen las fábulas, de las cuales se te advierte bellamente que te cuides, cuando el hombre sabio te dice: ¿Quién pondrá guardia a mi disciplina, y un sello seguro sobre mis labios; para que no caiga por ellos, y mi lengua me pierda? (Ecles. XXII, 33). Si al sexo masculino se le ordena guardar silencio ante los ancianos (Ecles. XI, 8), ¡cuán indecoroso es que las vírgenes hablen, y siembren diversos discursos!

73. Supongamos que puedes imponerte silencio, ¿acaso puedes imponer a otros que no escuches? Alguien puede a veces poner frenos a su boca, y una balanza a sus palabras: no puede hacerlo con sus oídos. Porque hablar está en nosotros, escuchar depende del poder ajeno; muchas veces escuchamos lo que no queremos.

CAPÍTULO XI.

Une nuevas advertencias a las anteriores, a saber, que eviten la facilidad de jurar, que prefieran las lágrimas a la alegría: que se abstengan de la risa, por la cual la Sinagoga pereció:

que moderen la ira, si no pueden extinguirla por completo: finalmente, si no mantienen aquí un justo equilibrio, que se compunjan.

74. Consideremos qué otra cosa nos advierte la Escritura. No jurar fácilmente (Ecles. XXIII, 9), porque a menudo ocurren muchos casos, de modo que no podemos cumplir lo que hemos jurado. Pero quien no jura, ciertamente no perjura: pero quien jura, a veces es necesario que caiga en perjurio; porque todo hombre es mentiroso (Sal. CXV, 11). No jures, por lo tanto, para que no comiences a perjurar.

75. Ni siquiera la alegría más libre conviene en las vírgenes. Que si no tienen de qué llorar, lloren por el mundo, lloren por las caídas de los pecadores; porque quien haya llorado por las caídas de otros, evitará las suyas. Lloren finalmente por aquella contemplación, para que llorando aquí, reciban consuelo allí; no sea que como aquel rico que aquí se deleitó, allí se declara que sufre graves penas por el oráculo del Señor, y tú escuches: Recibiste bienes en tu vida (Luc. XVI, 25 y ss.). ¡Cuánto más bienaventurado Lázaro que aquí lloró, y allí se regocija: aquí tuvo hambre, y allí se deleita! Si quieres, por lo tanto, seguir una buena alegría, el libro del Eclesiastés te muestra cuál debes seguir, que dice: Ven, come tu pan con alegría; porque ya han agradado a Dios tus obras (Ecles. IX, 7).

76. Consideremos qué nos aconseja el mismo Eclesiastés a todos sobre la immoderación de reír. Como la voz, dice, de espinas bajo la olla, así es la risa de los necios (Ecles. VII, 7). Ciertamente las espinas cuando arden, suenan, y pronto se consumen; de modo que no hay efecto de calor. Por eso se dijo de los judíos: Ardieron como fuego en espinas (Sal. CXVII, 12). Porque fueron consumidos por su risa, se incendiaron en la pasión del Señor, cuando se burlaban del incendio de su alma, diciendo: Confió en el Señor, que lo libre; que lo salve, porque lo quiere (Sal. XXI, 9). Y burlándose golpeaban su cabeza con una caña, y porque lo coronaban con espinas, y le ofrecían vinagre para beber; esa risa incendió a la Sinagoga para siempre (Marcos XV, 17 y ss.). Así es, por lo tanto, la risa de los necios, que suena sin gracia, y quema la olla de su cuerpo. Con razón Sara negaba que había reído (Gén. XVIII, 15), para que no pareciera que dudaba del efecto de las promesas celestiales al reír; y sin embargo, esa risa había sido llena de gravedad y pudor, que ningún otro testigo, sino solo Dios, conocía, a quien no engañan las cosas ocultas.

77. ¡Qué hermoso es también eso! No te apresures en tu espíritu a enojarte; porque la ira reposa en el seno de los necios (Ecles. VII, 10), es decir: aunque haya causa que mueva la indignación, no haya venganza apresurada; para que el calor de la indignación no se exaspere immoderadamente. No puede, por lo tanto, quitar lo que es un movimiento natural, pero inserta una demora, para que el consejo de la medicina temple la ira. Así también David había dicho antes: Enójense, y no pequen (Sal. IV, 5); no porque ordenara la ira, sino porque no podía quitar lo que era de la naturaleza: y como buen médico daba un remedio, para que la misma ira no dañara.

78. Finalmente, incluso si alguien hubiera caído en el corazón, porque la ira no sabe mantener la moderación; aconseja que se compunja en sus lechos, y que cada uno condene su propio error. Así está escrito: Lo que dicen en sus corazones, y en sus lechos compunjanse (Sal. IV, 5). Quiso, por lo tanto, que todos los hombres fueran censores de sus propios delitos; para que quien no es retenido por testimonio público, se avergüence de sí mismo como juez que ha caído en secreto, y se refrene con una especie de aguijón de amargura y pudor.

CAPÍTULO XII.

Pasa a la parquedad, con la que se mortifica el cuerpo: ordena preparar una buena reputación: pero sobre todo requiere en la virgen sobriedad: es decir, abstinencia de la lascivia y de los vanos adornos del cuerpo, que lamenta que incluso algunas vírgenes sagradas afecten. A esto se opone el ejemplo de la santa Sotheris, quien no cultivaba tanto su apariencia, que ofreció su rostro voluntariamente a los golpes de los verdugos para ser desfigurado. Su comparación con un joven etrusco, a quien se dice que desfiguró su rostro con estigmas.

79. ¿Qué diré de la parquedad, cuando el Sabio dice: Aparta de mí la concupiscencia del vientre y que la concupiscencia de la lujuria no me atrape (Ecles. XXIII, 6)? Ni temas la debilidad por el ayuno y la abstinencia; porque la debilidad grave hace sobria el alma.

80. Cómo también enseñan los Proverbios de Salomón que se debe buscar una buena reputación, diciendo: Mejor es el buen nombre que muchas riquezas (Prov. XXII, 1). ¿Qué es, por lo tanto, el patrimonio, si no lo gobierna una buena operación? Por eso el santo Job dice: La bendición del que estaba por morir venía sobre mí, y la boca de la viuda me bendecía. Era ojos para el ciego, y pies para el cojo, padre de los inválidos (Job XXIX, 13 y ss.). Si vi pasar al desnudo, y no lo vestí; si no me bendijeron los necesitados y no calenté sus hombros con la lana de mis ovejas: si alguna vez oculté mi pecado, que cometí imprudentemente, no por voluntad: si alguna vez permití que el necesitado saliera de mi puerta con el seno vacío (Job XXXI, 19 y ss.). Porque con estas cosas se prepara un buen nombre.

81. Sin embargo, sobre todo en la virgen sobresale el estudio de la sobriedad. Digo sobriedad no de la abstinencia del vino, sino de la lascivia corporal y de la jactancia secular, con la que nos embriagamos más gravemente que con el vino; porque da la copa de la ruina, y el cáliz de la ira. Por eso el Señor dice a Jerusalén: Escucha, humillada y ebria no de vino. He aquí que he tomado de tu mano el cáliz de la ruina, y el cáliz de la ira (Isaías LI, 17). Pero que esta copa la haya vaciado la Sinagoga, no la beban las hijas de la Iglesia. Porque de los judíos se dijo: Sus hijas están adornadas, circundadas como la semejanza del templo (Sal. CXLIII, 12): pero vosotras sois el templo de Dios, hijas de aquel que no se transforma en ángel de luz, sino el verdadero luz que es de la verdadera luz. Por eso en vosotras no haya semejanza, sino verdad. Sin embargo, muchas, aunque profesan el estudio de la castidad, buscan los adornos de la belleza; para que salgan más arregladas, con un rostro más brillante de lo que conviene a las sagradas del Señor, a quienes respondo con aquel sermón apostólico: Que habéis muerto con Cristo a los elementos de este mundo, ¿por qué aún como vivientes, decretáis de este mundo? No toquéis, dice, no probéis, no gustéis, que son todas cosas para corrupción (Col. II, 20 y ss.).

82. Pero no la santa Sotheris, para presentar un ejemplo doméstico de una madre piadosa (porque nosotros los sacerdotes tenemos nuestra nobleza que debe ser preferida a las prefecturas y consulados; tenemos, digo, las dignidades de la fe, que no saben perecer); pero no, como dije, Sotheris cuidaba de su rostro: quien siendo muy hermosa de rostro, y noble virgen de linaje de mayores, prefirió la fe sagrada a los consulados y prefecturas de sus padres, y no accedió a sacrificar cuando se le ordenó: a quien un perseguidor cruel ordenó que fuera golpeada con palmas; para que la tierna virgen cediera al dolor, o al pudor. Pero cuando ella escuchó esta voz, descubrió su rostro, velada solo para el martirio: y voluntariamente se enfrentó a la injuria, ofreciendo su rostro; para que allí se hiciera el sacrificio del martirio, donde suele estar la tentación del pudor. Porque se alegraba de que con la pérdida de la belleza se eliminara el peligro de la integridad. Pero pudieron ciertamente marcar su rostro con las cicatrices de las heridas, pero no pudieron marcar el rostro de su virtud y la gracia de su belleza interior.

83. Las antiguas fábulas cuentan de un joven etrusco que, debido a la admirable belleza de su rostro, encendía el amor en las mujeres, y se marcó el rostro con estigmas para que ninguna pudiera amarlo. No sé si su alma fue casta; sin embargo, el afecto no fue inocente, por lo cual se castigó a sí mismo. Él solo recibió heridas para no dañar: ella llevó las cicatrices triunfales del martirio, para conservar la imagen de Dios que había recibido.

CAPÍTULO XIII.

Aconseja a las vírgenes conservar en sí la imagen divina; para que, instruidas por Dios mismo, no teman el flagelo de lengua ajena. ¿Cómo y hasta qué punto no debe temerse esto? ¿De qué manera cuidarse de la propia lengua? Se mencionan ejemplos de Susana, José, Daniel y Job en este contexto.

84. Conservad también vosotras esta imagen, hijas, conservad los preceptos de la Escritura divina; para que toda boca, dice, sea cerrada (Rom. III, 19). Pues está escrito: Bienaventurado el hombre a quien tú instruyes, Señor, y le enseñas de tu ley (Sal. XCIII, 12). El buen Señor instruye y enseña, y a menudo reprende: pero incluso a quien reprende, lo hace bienaventurado; bienaventurado el hombre a quien reprende el Señor (Sal. XCIII, 12). Y por eso no rehuyas sus reprensiones, porque son de caridad y gracia; pues él mismo hiere, y como buen médico, sana con sus manos (Deut. XXXII, 39). Te libera siete veces de las necesidades, y en la séptima no te alcanzará el mal. En el hambre te libra de la muerte, en la batalla te saca de la mano del hierro, te esconde del flagelo de la lengua (Job V, 19 y ss.). Pues si tú no crees que debes denigrar a nadie, no temerás los flagelos de lengua ajena.

85. Admirablemente expresó los discursos de los maldicientes llamándolos flagelo de lengua, cuyo sonido resuena ampliamente. Deseando separarnos de esto, el apóstol Pedro nos aconseja no devolver mal por mal, ni maldición por maldición (I Ped. III, 9); sino más bien, cuando se nos maldice, devolver la gracia de la bendición. Y por eso dice: Refrena tu lengua del mal (Sal. XXXIII, 14), como si fuera un flagelo de lengua; y no temas el sonido de las palabras, si tu conciencia está limpia. Es bueno, si es posible, no dar lugar a la detracción; pero como muchos no denigran los vicios, sino las virtudes; que reprendan lo que es digno de alabanza, no encuentren lo que es de error.

86. Pero lo que es peor, no solo somos flagelados por lengua ajena, sino también por la nuestra. Y estos son golpes más graves, cuando por mucho hablar incurrimos en pecado. Y por eso guarda, virgen, tus caminos; para que no peques con tu lengua (Sal. XXXVIII, 2). Y hablar bien a menudo es un crimen para la virgen. Pero, ¿qué te sorprende de la virgen, cuando a la mujer se le ordena aprender en silencio (I Tim. II, 11)? Es bueno el pudor que recomiendan los silencios.

87. Susana estaba en peligro, y callaba (Dan. XIII, 35); para hablar mejor con pudor silencioso. Finalmente, la modestia encontró un defensor que defendiera la castidad. De la cual se dice bien que el Señor la escondió del flagelo de la lengua.

88. ¿Qué decimos de las mujeres? José calló cuando fue acusado (Gen. XXXIX, 20), para que mejor lo defendiera la inocencia que la lengua. Calló Daniel, más sabio que todos, y cerró las bocas de los leones (Dan. XIV, 29 y ss.). De donde bellamente dice el santo David: Puse, dice, guarda a mi boca, mientras el pecador estaba contra mí (Sal. XXXVIII, 2).

89. ¿Qué quieres decir? Temes que, si callas, se crean las acusaciones. Pero escucha al buen maestro diciendo al santo Job: He aquí que me río de los oprobios, y no hablo: clamaré, y no habrá juicio (Job XIX, 7), es decir, ¿algún acusador lanza oprobios? Tienes de qué reírte dentro de ti, si la conciencia no reconoce el crimen. ¿Por qué devolver palabras por palabras? Aún no hay juicio: y si clamas, no se acerca. Se te deben muchas luchas en este siglo.

90. El santo Job había vencido el dolor de la pérdida: había vencido, o más bien excluido, la amargura del luto por la pérdida de sus hijos, había vencido las asperezas de las heridas: a los cardenales del cuerpo se añaden las tentaciones de la mujer, y él no las sintió. Aún se le reservan para el último combate las recriminaciones de los amigos. Había luchado con el afecto paterno (Job I, 18), había luchado con el dolor del cuerpo y la enfermedad (Job II, 7); era necesario que también enfrentara las tentaciones de las palabras.

CAPÍTULO XIV.

No se debe juzgar el mérito de alguien por las incomodidades del siglo, ya que este es un lugar de lucha, no de corona. Pablo afirmó esto, tanto para sí mismo como para los que aman la venida de Cristo: y debe contarse entre ellos a aquella viuda que, habiendo consagrado a Dios a todos los hijos que ella misma había educado, ofreció un doble sacrificio de su viudez y de la virginidad de sus hijos. Ambrosio concluye con una oración muy piadosa.

91. Por lo tanto, cuando veas a una viuda sufrir algunas pérdidas, o la incomodidad de los hijos: o ser afectada por la muerte de un justo, o por injurias; no juzgues su mérito por las incomodidades de este siglo, ni te maravilles de que haya sido abandonada por el Señor. Aquí luchamos, pero en otro lugar somos coronados. No hablo solo de mí, sino de todos los hombres en general. Pues, ¿de dónde me viene tanto mérito, a quien el perdón es por corona? Aquí la lucha, allí el premio: aquí la milicia, allí el salario. Por lo tanto, mientras estoy en este mundo, aún lucho, aún decido, aún soy empujado a caer; pero el Señor es poderoso, quien sostiene al que es empujado, levanta al que cae, endereza al que vacila. ¿Por qué te maravillas de que alguien sufra? Mientras esté en esta vida, no faltará la lucha, no habrá corona. Nadie es probado, sino el que persevera hasta el fin; para que después pueda ser coronado quien ha luchado legítimamente.

92. ¿Quién más fuerte que Pablo, quién más bienaventurado? Sin embargo, aquel vaso de elección del Señor no reclamó la corona para sí antes de haber consumado toda la lucha. Y por eso dice: He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe: por lo demás, me está reservada la corona de justicia (II Tim. IV, 7, 8); que no solo dice que se le dará a él, sino también a todos los que aman la venida del Señor. Bellamente dijo, a los que aman la venida de Cristo; pues nadie se apresura al juicio, sino quien está seguro de su inocencia, o quien presume de su trabajo, a quien le favorece la gracia del Señor, o las piadosas luchas por Cristo.

93. Ciertamente tendrá esta prerrogativa aquella viuda que haya educado bien a sus hijos, y se regocijará en sus hijos, y especialmente aquella que haya dado al Señor a todos los que recibió. Por eso, aquella viuda evangélica es preferida a los ricos (Luc. XXI, 3, 4); no solo porque envió todo lo que tenía para el sustento de los pobres; sino también porque llevó dos monedas, es alabada con la voz del Señor, es decir, plena fe. Finalmente, para la salud del hombre, aquel samaritano también dio dos monedas al posadero, con las cuales curara las heridas de aquel herido por los ladrones (Luc. X, 35). Por lo tanto, porque según el Antiguo Testamento imitó la virginidad de María, hermana de Aarón (Éxod. XV, 20), y según el Nuevo, la integridad de la santa María, madre del Señor (Mat. I, 23) en el cuidado de su

prole, recibirá la recompensa de la fe por juicio divino; quien no reservó nada para el sustento del siglo, sino que ofreció todo al Señor como un piadoso don de su descendencia.

94. Ahora te ruego, Señor, que sobre esta tu casa, sobre estos altares, que hoy se dedican, sobre estas piedras espirituales, con las cuales se te consagra un templo sensible en cada uno; extiendas tu protección diaria, y recibas con tu divina misericordia las oraciones de tus siervos que se elevan en este lugar. Que todo sacrificio que se ofrezca en este templo con fe íntegra, con piadosa diligencia, sea para ti en olor de santificación. Y cuando mires a aquella víctima saludable, por la cual se abole el pecado de este mundo; mires también a estas piadosas víctimas de castidad, y las protejas con tu auxilio duradero; para que sean para ti en olor de suavidad, sacrificios aceptables, agradables a Cristo el Señor, y te dignes guardar su espíritu íntegro, y su alma y cuerpo sin reproche hasta el día de nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo.